



Contrapuntos

...Y para Dios los conchos

Por Juan Amenábar

El domingo pasado me tocó asistir a una misa de medio día que se celebraba en una limpia y muy bien estucada iglesia del "barrio alto" santiaguino.



Era un día soleado, luminoso, con el brillo propio de la atmósfera transparente lavada por la reciente lluvia nocturna.

Se respiraba un ambiente de abundancia y bienestar... En el interior del templo (claro, de buena iluminación natural) finos olores de perfumes importados reemplazaban, en el recuerdo, al incienso de antaño. El recinto, de medianas proporciones, estaba ocupado al máximo de su capacidad. Por lo que gran parte de la concurrencia al acto religioso desbordaba por las puertas hacia los jardines circundantes. Tal vez había más gente afuera que adentro. Y los fieles de afuera (sanos, notables, exitosos, cómodos en sus cómodas-tenidas-domingueras-casi deportivas) murmuraban oraciones de contenido algo más profano que aquellas que se originaban en el interior del templo... Infiltrados tal vez por el colorido paisaje exterior y emocionados probablemente por las variadas formas y el brillo de los innumerables automóviles estacionados, esperando que sus fer-

vorosos propietarios terminaran con su ritual obligación dominical.

Había bienestar y abundancia... Pero todo se vino abajo cuando apareció el "canto" y la "música"... pues aquello tímidamente balbuceado, apenas musitado, mal podría llamarse canto, y menos canto para El Señor... y los vagos sonidos que surgían del órgano electrónico difícilmente podrían calificarse de "música".

Entonces, en forma desordenada, me vino el asalto de preguntas: —Si el maravilloso arte del canto y el de la música no logran ser lo uno ni lo otro, en la iglesia, por qué no respetar entonces el silencio de los que desean orar en silencio...—

—Si para construir iglesias se busca arquitectos y para decorarlos se acude a pintores, por qué para la música del templo no se contrata a verdaderos músicos que aporten sus conocimientos, su arte, su inspiración... por qué no se emplean buenos coros y afinados solistas que sean ejemplo y apoyo para el canto de toda la comunidad.

—Y si la comunidad de los fieles tiene abundancia y bienestar por qué deja para Dios, y para su alabanza, sólo sobras o borras de "arte"... es decir: los conchos.

Quevedo visto por Martín Panero

Por Carlos Ruiz-Tagle

Martín Panero, con su aspecto de niño malo, de petardista, es un profesor formidable. Su fuerte es la literatura escrita en español en todos los tiempos.



Nadie había como él de Unamuno, de Cervantes, de Neruda, de Quevedo, para sólo citar algunos nombres. Académico de la Lengua, Hermano Marista, conferencista de yesca y fuego, acaba de publicar una nueva separata. Se llama, modestamente, Notas sobre Francisco de Quevedo, y fue dada a conocer por el Instituto de Letras de la Universidad Católica de Chile.

Se cumplieron, el año pasado, cuatrocientos años del nacimiento de don Francisco de Quevedo y Villegas, y la verdad es que no toda, pero parte de su obra, interesa como si hubiera sido recién escrita. Con la diferencia de que ningún editor se animaría a darla a conocer, particularmente por el desparpajo y la grosería de don Francisco.

Sus estudios, nos hace saber Panero, fueron serios, de seriedad excepcional: "En 1604, Quevedo, de sólo 24 años, dirigió una carta en latín a uno de los sabios más prestigiosos de Europa, Justo Lipsio, el gran humanista de Lovaina, entonces en la cumbre de su saber y de su nombradía... Debemos destacar que Jus-

to Lipsio quedó tan impresionado por la elegancia del latín de Quevedo, así como por la profundidad de su pensamiento y la amplitud de su cultura, que no vaciló en llamarle magnusdecus hispanorum". Estas palabras son un diploma de la mejor nobilia intelectual y un espaldarazo para las andanzas literarias de ese caballero de cultura que fue Francisco de Quevedo y Villegas.

Los conocimientos de lenguas del autor tratado aquí son verdaderamente notables. Además de la latina, dominaba la griega, la italiana, la hebrea, la francesa y la árabe.

La vida de Quevedo es una contradicción permanente. Si bien es cierto que escribe algunos de los más hermosos versos amor de la lengua castellana, las cosas que dice sobre las mujeres, los conchos y especialmente sobre los maricas son irreproducibles. Por algo es llamado de una manera que hoy nos da risa y nos asombra: Doctor en Desvergüenzas.

Martín Panero, que ya debiera ir transformando sus separatas, aparecidas en revistas muy meritorias de por aquí y por allá, en libros, divide sus Notas a propósito de Quevedo, en párrafos, son ellos: Entre el pensamiento y la acción; En la paz de estos destierros; Quevedo y la mujer; Doctor en desvergüenzas; El saltrico, Huecos y prisiones; y Epílogo. En la primera página hay un homenaje, un epígrafe, de Pablo Neruda sobre su "Viaje al Corazón de Quevedo".

"LA TERCERA de La hora" domingo 28 de junio de 1981 Pág. 23

Quevedo visto por Martín Panero [artículo] Carlos Ruiz-Tagle.

Libros y documentos

AUTORÍA

Ruiz-Tagle, Carlos, 1932-1991

FECHA DE PUBLICACIÓN

1981

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Quevedo visto por Martín Panero [artículo] Carlos Ruiz-Tagle. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile